

PAULA BACH



APUNTES A PROPÓSITO DE KEYNES, EL MARXISMO Y LA ÉPOCA DE CRISIS, GUERRAS Y REVOLUCIONES

En períodos de crisis capitalista profunda como el que estamos transitando, recobran vida antiguas teorías que la altanería y autoconfianza burguesa habían creído poder echar definitivamente al basurero de la historia. Hoy es el fantasma de Lord John Maynard Keynes el que está de regreso. La teoría económica de Keynes es corrientemente presentada en nuestros días sólo como un paquete de medidas fiscales y monetarias, de contundente intervención estatal, antitéticas a las políticas de corte neoliberal que reinaron en las últimas casi tres décadas. Las construcciones teóricas de Keynes aparecen desde las voces dominantes de la academia como una suerte de receta distinta, alternativa a la receta neoclásica, pero receta al fin, que la burguesía tendría a mano para subsanar los *errores* que habrían conducido al actual estado de situación de la economía capitalista. Siguiendo la tradición de la autodenominada síntesis neoclásica, no se suele hacer siquiera mención a los aspectos más salientes de la obra del economista británico Lord John Maynard Keynes (1883-1946)¹, una mente aguda de su época cuya vida y obra discurren en un período particular del desarrollo del modo de producción capitalista. Keynes, economista de neto corte y conciencia burguesa, enfrentado a una época *no clásica* del capital, en la que llegaba a su fin el “libre juego de la ley del valor”, el puro “liberalismo económico” y el mecanismo de la “libre

¹ Dos libros de autores argentinos de publicación reciente, el primero *Fundamentos de la Teoría General, Las consecuencias teóricas de Lord Keynes*, de Axel Kicillof y el segundo, *Keynes, poskeynesianos y keynesianos neoclásicos*, de Rolando Astarita, resultan una contribución en el esclarecimiento del verdadero cuerpo teórico de Keynes.

competencia”, época en la que comenzó el asedio de las crisis crónicas del capital, de la revolución y las guerras, se encontró frente a la ardua tarea de re-naturalizar las relaciones burguesas de producción. Keynes se vio en la necesidad de criticar el cuerpo teórico de la economía oficial en un doloroso proceso que —no exento de eclecticismo— fue recorriendo su obra. No porque se opusiera a la elevación del modo de producción capitalista a la forma inmutable y general de la existencia humana, sino porque visualizó que la estrechez de miras de la teoría oficial enfrentada a los límites propios del capital, hacía peligrar tanto la aceptación de aquella concepción como la continuidad misma del modo de producción capitalista. Economista, hombre político, Lord, representante por Inglaterra en la Conferencia de Bretton Woods, autor de una vasta bibliografía que incluye numerosos libros de entre los cuáles el más importante es *Teoría General del Interés, la Ocupación y el Dinero*, así como de numerosos escritos de fuerte tono económico-político como *Las consecuencias económicas del señor Churchill* (1925), “The United State and the Keynes Plan” (en *The New Republic*, 1940) y cartas como “Una carta abierta al presidente Roosevelt” (*Sunday* de Londres, 1933), Keynes no fue un filántropo ni un humanista, sino un activo militante en favor del salvataje del sistema capitalista. Haciendo una analogía, en cierto modo podría decirse que Keynes, cuyo legado económico está guiado por una fuerte visión histórica, al descubrir los límites a los que se enfrentaba el capital al comienzo de su época de decadencia, al identificar que las leyes del capital ya no operaban de manera semi-automática como lo habían hecho hasta las últimas dos décadas del siglo XIX, fue a los inicios de la crítica época del capitalismo imperialista algo así como lo que los representantes de la economía política clásica habían sido a la floreciente época del capitalismo de libre competencia. Si la economía política clásica había llegado a enunciar de modo más o menos claro que el plusvalor es la parte del producto del trabajo por el cual el apropiador no ha pagado equivalente alguno deteniéndose frente a esa aseveración por estar, como señalaba Marx, “envuelta en su piel burguesa”; si la economía política clásica “tropieza casi con la verdadera relación de las cosas, pero no la formula concientemente [...]”² y se detiene abruptamente ante los primeros resultados de su descubrimiento abriendo paso a la economía vulgar, Keynes se encontró frente a un cuerpo oficial de la teoría económica que ya se había alejado mucho de esa *verdad*³ y a ciencia cierta, no lo criticó por su mediocre contenido, por su escaso carácter científico, ni por su operación naturalizadora del capital, sino por su falta de “actualidad”. O, dicho

² Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, sección VI, capítulo XVII, México, Siglo XXI, 1999, p. 660.

³ La vulgarización de David Ricardo por John Stuart Mill, se había impuesto como economía oficial hasta fines del siglo XIX. Posteriormente, la denominada revolución marginalista se convirtió en representante de la ortodoxia siendo más tarde sustituida por la teoría de Alfred Marshall (de quién Keynes fuera discípulo) que intentaría una síntesis entre John Stuart Mill y la teoría marginalista.

de otro modo, por su falta de eficacia en un contexto en el que todas las leyes clásicas del capital parecían puestas de cabeza. En las convulsivas décadas del '20 y del '30, puesto frente a un sistema amenazado tanto por los síntomas de agotamiento de sus propias leyes como por la revolución y la guerra, y temeroso por el pellejo de su clase, Keynes transformó la necesidad en virtud. Toni Negri acertadamente señala que “cada vez que su crítica llega al límite de la negación, es paralizado por una filosofía que impide cualquier paso ulterior. Sólo el esquema formal, la reconstrucción del equilibrio le satisface, prisionero como está, una vez que ya había renunciado a las más vulgares mistificaciones, del arcano horizonte del fetichismo de la mercancía”⁴.

Como se apunta en los distintos estudios sobre su obra⁵, historizando al capitalismo a través de tres fases, la de la escasez, la de la abundancia y la de la estabilidad, Keynes consideró que en el siglo XIX, la segunda de estas fases había culminado “gloriosamente con las victorias del *laissez faire* y del liberalismo histórico”⁶ pero que “a principios del siglo XX, la era de la abundancia choca con sus propios límites. Se inaugura entonces una tercera época, llamada por Keynes [...] ‘período de la estabilidad’”⁷. El período de entreguerras representaba “una etapa inestable, característica del período de transición entre la era de la abundancia y la de la estabilidad”⁸. En una conferencia en Cambridge en el año 1925, proclama que no hay lugar “para aquellos cuyos corazones están en el individualismo pasado y el *laissez faire* integral; aunque estos contribuyeron en gran medida al éxito del siglo XIX. Digo esto no porque crea que estas doctrinas fueran erróneas en las condiciones en las que nacieron [...] sino porque han dejado de ser aplicables en las condiciones modernas”⁹. Ubicándose desde el ángulo del Estado capitalista, es decir, por encima de los miembros individuales de su clase, Keynes intentó transformar en programa de la burguesía una serie de medidas que tras descubrir la necesidad histórica de superar la propiedad privada de los medios de producción, perseguían resguardarla. Su “estatismo”, su visión de la necesidad del rol inversionista del Estado, su retórica sobre la “eutanasia del rentista”, el proteccionismo, sus intentos de elevar a un grado conciente la socialización parcial de la producción –manteniendo su carácter privado– operada ya por los oligopolios, en última instancia, lo emparentan con otra “variante” que en su época respondió también a la mencionada necesidad histórica. Esa otra variante se llamó fascismo, con el que Keynes, representante como era de las naciones de la *democracia liberal* como Estados Unidos o Inglaterra, no comulgaba, pero al que temía mucho menos que a la amenaza de revolución proletaria y al poder del movimiento obrero.

⁴ Toni Negri, “John M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el ‘29”, en *Crisis de la política*, Bs. As., El cielo por asalto, 2002, p. 23.

⁵ Ver trabajos mencionados de A. Kicillof y R. Astarita.

⁶ Axel Kicillof, *Fundamentos de la Teoría General, Las consecuencias teóricas de Lord Keynes*, Bs. As., Eudeba, 2007, p. 49.

⁷ Ídem.

⁸ Íbidem, p. 50.

⁹ John M. Keynes, “¿Soy un liberal?”, citado por Axel Kicillof, op. cit., p. 50.

KEYNES, LENIN, TROTSKY Y EL EQUILIBRIO CAPITALISTA

Si se somete a un proceso de síntesis la visión histórica de Keynes, sus categorías económicas y sus recomendaciones programáticas, se puede afirmar que identificó, aunque no lo hiciera explícitamente, elementos de caracterización del equilibrio capitalista en la época iniciada en el siglo XX, muy similares a los señalados por la Tercera Internacional y Lenin y muy en particular por León Trotsky. Si se nos permite afirmar que la teoría del imperialismo esbozada por Lenin, tomando por base los escritos de Rudolf Hilferding y más tarde, la definición de equilibrio capitalista que de forma no sistemática expresó León Trotsky, como la interrelación de fenómenos económicos, fenómenos de la lucha de clases, intervención de los Estados sobre las economías y relaciones interestatales, resultaron una continuación en un terreno más concreto –aunque repetimos, asistemático– de la obra de Marx, la obra de Keynes parece registrar los mismos fenómenos respecto del establecimiento del equilibrio capitalista. Los elementos que Lenin y Trotsky identificaron como factores claves que definían la ruptura y el reestablecimiento del equilibrio capitalista en la época iniciada a principios del siglo XX, fueron visualizados también por la que quizás sea la mente más audaz de la burguesía en el terreno de la economía en el siglo XX. Buscaremos demostrar que los aspectos que Lenin y Trotsky señalaron como elementos de caracterización de una época declinante del capitalismo, y frente a los cuales plantearon un programa revolucionario que quedó plasmado en las resoluciones de los cuatro primeros congresos de la Tercera Internacional y más tarde en el Programa de transición, fueron captados de igual modo por Keynes que en un sentido opuesto, buscó diseñar un programa burgués o un “experimento”, como él lo llamó, que intentaba atacar cada uno de los elementos de quiebre del equilibrio, buscando su recomposición a fin de reestablecerlo. En primer lugar, tanto el principio keynesiano de la demanda efectiva como la refutación de la curva marginalista de la oferta de trabajo, representan señales de alerta en el sentido de que el Estado capitalista no podía dejar en manos de la iniciativa privada el problema del desempleo visualizado como una de las amenazas más serias para la estabilidad y continuidad del sistema capitalista del período. Existe en el desarrollo de estos aspectos un reconocimiento explícito de la fuerza del proletariado y de la necesidad de frenar el ascenso obrero mediante políticas concientes de intervención estatal sobre la economía. En segundo lugar, la identificación de la relación entre abundancia de capital y bajo rendimiento de un lado, y escasez relativa de capital (o de acumulación o reinversión productiva, podríamos decir) frente a altos niveles de especulación representados en una tasa de interés resistente a la baja de otro, son la antesala del llamamiento al Estado a invertir en los sectores de baja o nula eficiencia marginal del capital, resguardando la iniciativa privada en los sectores de alta rentabilidad. Se visualiza en estas políticas el intento de superar a través de la intervención directa del Estado sobre la economía, la escasez relativa de acumulación de capital o de reinversión productiva por parte de los capitalistas. En el mismo sentido y como una identificación y reacción frente a los altos

niveles de especulación puede entenderse la política de “eutanasia del rentista”, todos elementos destinados a retornar a una suerte de funcionamiento *sano* de la ley del valor, acompañando las tendencias a la *socialización* del capital.

En tercer lugar, ante la crisis del patrón oro, en su prédica por la eliminación del oro como referencia de la moneda y su reemplazo por un dinero fiduciario, separado de toda referencia de valor, se puede visualizar la obsesión por librar al Estado en última instancia de determinadas ataduras a la ley del valor, abriendo paso a su libre accionar en la implementación de políticas monetarias buscando la estabilización de la economía capitalista. Una modalidad que podría definirse como *burlar* determinados mecanismos de la ley del valor persiguiendo su recomposición definitiva.

Por último y a modo de ejemplo, tanto en su abierta oposición a la brutal condena de Alemania por parte de los aliados en el Tratado de Versalles, como en su participación en la Conferencia de Bretton Woods tras la Segunda Guerra, oponiéndose al establecimiento del patrón dólar-oro, bregando por la creación de una moneda internacional que denominó Bancor para establecer los intercambios comerciales, se puede visualizar una preocupación profunda por las relaciones entre los Estados y sus efectos sobre los destinos del sistema capitalista.

Estos son sólo algunos aspectos representativos de la teoría de Keynes —algunos de los cuales desarrollaremos aquí como parte de un trabajo inicial—, que se apoyan sobre un reconocimiento de que en la época que comenzó en el siglo XX, el equilibrio capitalista devino un fenómeno complejo que liga íntimamente los ciclos económicos con la lucha de clases, la participación de los estados sobre la economía y las relaciones interestatales.

Cabe pensar que las bases objetivas del programa de la Tercera Internacional y luego del Programa de transición no sólo fueron identificadas por los exponentes del marxismo revolucionario sino también por las mentes más lúcidas de la burguesía. Este aspecto raramente señalado por la mayor parte de los marxistas y progresistas, debería ser considerado como punto de partida necesario, aunque por supuesto no suficiente, para cualquier discusión sensata sobre la actualidad del marxismo, las características económicas del período en curso y las necesidades programáticas que se desprenden desde el ángulo de las necesidades históricas de la clase obrera y de los sectores oprimidos y explotados de la sociedad.

EL FIN DEL LAISSEZ FAIRE Y LA LEY DE SAY

La crítica de Keynes a la Ley de Say, que establecía el principio según el cual “toda oferta crea su propia demanda”, representa un cuestionamiento profundo a la visión de la economía oficial respecto del concepto de *equilibrio* en el modo de producción capitalista. La relación entre la oferta y la demanda y entre la producción y el consumo ha sido “el foco de una batalla inmensa y a veces terrible en la historia de la economía política”¹⁰. No podía ser de otro

¹⁰ David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, México, FCE, 1990, p. 85.

modo ya que en dicha relación se encuentra explícita o implícita la pregunta de si es posible que en un sistema de mercado en el que la mayoría trabajadora no recibe el total del producto de su trabajo, las cantidades producidas coincidan –aún circunstancialmente– con las cantidades consumidas. ¿Quién o qué clase y de qué manera consume toda la parte del producto que los trabajadores – amplia mayoría de la sociedad– efectúan pero no reciben en forma de paga? En última instancia la pregunta remite al modo en que el capitalismo logra –o no– alcanzar –al menos por períodos determinados– un equilibrio. Las postrimerías del siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX fueron testigo de esta polémica en la que a grandes rasgos se desarrollaron fundamentalmente tres posiciones. Por un lado el economista y clérigo Thomas Robert Malthus, acérrimo defensor de los privilegios terratenientes y de la iglesia, sin ocultar las contradicciones de la producción capitalista, en realidad las denunció, como señala Marx en *Teorías de la plusvalía*, con el fin de demostrar a los capitalistas la necesidad de un “clero de la iglesia y el Estado bien cebado, para crear una demanda suficiente”¹¹. Por otro lado, el historiador y economista suizo Simón de Sismondi, a quien Marx calificara más tarde como “socialista romántico”, sostenía que en la medida en que el modo de producción capitalista generaba una producción siempre creciente y condenaba a amplias masas a un permanente subconsumo, no existía ley interna o forma automática mediante la cual se pudiera alcanzar el equilibrio. Sismondi tuvo el mérito no obstante, como también señala Marx, de dilucidar el hecho que en el modo de producción capitalista “las crisis no son accidentales [...] sino manifestaciones esenciales (que ocurren en amplia escala y en períodos definidos) de contradicciones inherentes”¹². En tercer lugar, el economista francés Jean Baptiste Say, vino a aportar una respuesta tan obvia como insensata, tan “lógica” como falsa que Keynes explica del siguiente modo: “la oferta crea su propia demanda queriendo decir con esto [...] que el total de los costos de producción debe necesariamente gastarse por completo, directa o indirectamente en comprar los productos”¹³. Lo que Say quería decir es que la producción de cualquier conjunto de mercancías genera ingresos equivalentes al costo de producirlas, motivo por el cual esos ingresos se traducen en el poder de compra necesario para adquirirlas. Una tautología que despojando al problema planteado de todo contenido histórico, buscaba sacar de escena la pregunta original. Negando las condiciones particulares de extracción del excedente bajo el modo capitalista de producción y las contradicciones internas que genera, el postulado de Say eliminaba toda posibilidad (más allá de fallas circunstanciales) de superproducción, de no realización de las mercancías e incluso de desempleo. Dictaminaba el equilibrio con pleno empleo como la forma normal y permanente característica del modo capitalista de producción. No existiendo problemas de realización y creando

¹¹ Karl Marx, *Teorías de la plusvalía*, tomo II, p. 47, citado por D. Harvey, op. cit., p. 86.

¹² K. Marx, *Teorías de la plusvalía*, tomo II, pp. 56/84, citado por D. Harvey, op. cit., p. 86.

¹³ J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación el interés y el dinero*, Bs. As., FCE, 2007, p. 35.

entonces toda oferta su propia demanda, la producción tenderá a expandirse hasta ocupar al total de la mano de obra disponible. La Ley de Say fue adoptada por toda la economía oficial empezando por algunos de los más agudos representantes de la economía política clásica como James Mill y David Ricardo. Posteriormente, Karl Marx en su crítica de la economía política retomó el interrogante original y no sólo refutó la Ley de Say sino que proveyó la respuesta más acertada respecto del equilibrio capitalista a través de los esquemas de reproducción que desarrolló en los borradores de lo que hoy conocemos como el tomo II de *El Capital*.

Pero el postulado de Say siguió vivo en la economía oficial pasando de la voz de John Stuart Mill, el vulgarizador de David Ricardo y a quién Marx considerara uno de los primeros exponentes de la economía vulgar, al cuerpo de lo que hoy se conoce como economía neoclásica.

Sin embargo esta construcción que había dominado la teoría oficial durante el siglo XIX, acarrea serios problemas y dejaba de ser funcional frente al carácter convulsivo del siglo XX. Desde principios de siglo pasado, cuando el sistema capitalista se debatía en movimientos espasmódicos encontrando sólo efímeros equilibrios parciales, cuando las crisis, la revolución y las guerras saltaban al centro de la escena, el “paquete” de la teoría oficial que continuaba afirmándose en el *laissez faire* y en la Ley de Say, sosteniendo postulados tan provocativos como que las causas del paro eran de tipo “voluntario” o “friccional”, se volvía un cuerpo “teórico” autista, peligroso para la propia continuidad del modo de producción capitalista.

Al propio tiempo que el conjunto de los elementos de la nueva época abierta iban a provocar fundamentales avances en el bagaje programático y teórico del marxismo revolucionario, tenían que conducir a las mentes más visionarias de la burguesía, a pensar todo tipo de artilugios a fin buscar un equilibrio que ya no se reestablecía mediante el libre juego de la iniciativa privada, en un sistema que se veía amenazado desde todos los ángulos. Es este el contexto en el que surge la crítica de Keynes a la Ley de Say.

EL PRINCIPIO DE LA DEMANDA EFECTIVA: INVERSIÓN Y EMPLEO

La crítica de la Ley de Say se desarrolla en Keynes mediante el principio de la demanda efectiva, uno de los aspectos fundamentales de la *Teoría general*.

Keynes va a señalar la necesidad de establecer una diferencia entre lo que llama el *precio de la oferta global* de la producción que resulta de emplear una cantidad determinada de hombres, por un lado y el *importe del producto que los empresarios esperan recibir* con el empleo de esa cantidad de hombres, por el otro. Al segundo término, lo va a denominar *función de la demanda global*.

Hecha esta definición plantea que si el *importe que los empresarios esperan recibir* (es decir, la demanda global) es mayor que el *precio de la oferta global*, entonces habrá un estímulo para que incrementen el empleo. Ese estímulo seguirá operando

hasta que la oferta global se iguale a la demanda global. Dicho más sencillamente, lo que Keynes afirma es que si la cantidad global ofertada es menor que la cantidad global demandada, los empresarios esperarán que el precio de su oferta se ubique por encima del precio medio o normal. En tal circunstancia, visualizarán la existencia de ganancias por encima de la ganancia normal y seguirán contratando trabajadores hasta que la oferta global coincida con la demanda global y ya no se puedan esperar ganancias mayores. Alcanzado ese punto, los empresarios no tendrán expectativas de mayores ganancias por lo que dejarán de contratar trabajadores. El valor de la demanda global en ese punto determina lo que Keynes llama la *demanda efectiva* a la que define como *esencia de la teoría general de la ocupación*. La primera conclusión que extrae de la exposición de este principio es la posibilidad de existencia de equilibrio con desempleo. Esta posibilidad se encontraba hasta el momento, vedada por la teoría económica oficial y la Ley de Say que sostenían que como *toda oferta crea su propia demanda*, nunca hay desigualdad entre oferta global y demanda global que coinciden siempre para cualquier nivel de ocupación, de modo tal que los empresarios continuarán incrementando la producción e incorporando fuerza de trabajo hasta que ya no haya más trabajadores para emplear, es decir, hasta alcanzar el pleno empleo. En un sentido opuesto, en el reconocimiento de la posibilidad de existencia de equilibrio con desempleo, que como veremos, Keynes admite más que como posibilidad, como norma, podría decirse que encontramos la primera velada confesión elíptica por parte de la teoría económica burguesa de la necesidad de existencia del *ejército industrial de reserva*. Decimos *elíptica* porque esta relación constituye sólo una analogía. Por supuesto Keynes no habla en tales términos ni otorga a la desocupación el contenido que le adjudican Marx y los marxistas. Sin embargo, la conclusión no deja de ser un reconocimiento, al menos del hecho empírico, justo en momentos en que la desocupación masiva se volvía disfuncional para el reestablecimiento del equilibrio del sistema capitalista entendido como un todo.

Íntimamente relacionado a esta primera conclusión, Keynes desprende un segundo aspecto fundamental del principio de la demanda efectiva. Observa que al aumentar la ocupación, se incrementa también el ingreso global real de la sociedad mientras que, por cuestiones que atribuye a la *psicología de la comunidad*, el consumo total crece pero no tanto como el ingreso. Y si el consumo crece a un ritmo menor que el ingreso (otra vez nos hallamos frente al problema del *equilibrio* señalado en el apartado anterior), es necesario según Keynes, para que se justifique un determinado nivel de ocupación, que exista un volumen de inversión que absorba el excedente que arroja la producción total sobre lo que la *comunidad decide consumir* cuando la ocupación se encuentra a dicho nivel. De este modo para Keynes, el nivel de equilibrio de la ocupación, es decir, el nivel que se corresponde con la demanda efectiva y en el cual la ocupación se mantiene estable, dependerá de la magnitud de la inversión corriente. Y la magnitud de la inversión dependerá del *incentivo para invertir* el que a su vez va a depender de la ganancia que los empresarios esperan obtener por esa inversión adicional y de la tasa de interés que como máximo deberá ser igual a la ganancia esperada. Keynes

observa que el nivel de ocupación de equilibrio no sólo no tiene por qué corresponderse con el de pleno empleo sino que esta circunstancia resulta más bien una excepción. Señala que “La demanda efectiva que trae consigo la plena ocupación es un caso especial que sólo se realiza cuando la propensión a consumir y el incentivo para invertir se encuentran en una relación mutua particular. Esta relación particular, que corresponde a los supuestos de la teoría clásica, es, en cierto sentido, una relación óptima; pero sólo puede darse cuando, por accidente o por designio, la inversión corriente provea un volumen de demanda justamente igual al excedente del precio de la oferta global de la producción resultante de la ocupación plena, sobre lo que la comunidad decidirá gastar en consumo cuando la ocupación se encuentre en ese estado”¹⁴. Lo que Keynes está reflejando aquí es que si la ocupación aumenta acercándose al nivel de pleno empleo, la demanda de consumo aumentará también pero aumentará menos de lo que se incrementa el ingreso total. Es necesario entonces que la inversión cubra la brecha entre ingreso y consumo. Remarquemos que el problema del equilibrio, la pregunta de quién consume el ingreso, como problema fundamental de la teoría económica, vuelve a ponerse de manifiesto en el planteo de Keynes. Diluyendo como lo hace la existencia de clases sociales y la forma particular que adopta la apropiación del excedente en el modo capitalista de producción en una *psicología de la comunidad*, lo que Keynes no dice –ni quiere decir– es que quienes menos pueden realmente aumentar su *propensión a consumir* (término asociado al consumo improductivo) son los capitalistas es decir, quienes se llevan la parte crecientemente mayor del ingreso. No lo dice aunque tácitamente lo reconoce al plantear que es la inversión, o sea el consumo productivo, como diría Marx, el único factor que puede cerrar la brecha entre producción y consumo improductivo. En los términos de Keynes “Cuando la ocupación aumenta, D1 [demanda de consumo, N. de R.] hará lo propio, pero no tanto como D [demanda total, N. de R.]; ya que cuando el ingreso sube, el consumo lo hará también, pero menos. La clave de nuestro problema práctico se encuentra en esta ley psicológica; porque de ahí se sigue que cuanto mayor sea el volumen de ocupación, más grande será la diferencia entre el precio de la oferta global de la producción correspondiente y la suma (D1) que los empresarios esperan recuperar con los gastos de los consumidores. Por tanto, si no ocurren cambios en la propensión a consumir, la ocupación no puede aumentar, a menos que al mismo tiempo D2 [demanda de inversión, N. de R.] crezca en tal forma que llene la diferencia creciente entre Z [precio de la oferta global, N. de R.] y D1”¹⁵. En nuestros términos, cuanto mayor sea la ocupación, mayor será el excedente producido por los trabajadores, mayor será la plusvalía, y para que esa plusvalía se realice y se incrementen la producción y el empleo, es necesario que los empresarios encuentren el “incentivo”, la tasa de ganancia, para reinvertirla a través de la acumulación ampliada de capital. Aquí aparece una cuestión fundamental por que, repitámoslo, Keynes está escribiendo en

¹⁴ *Ibidem*, p. 42.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 43/44.

medio de la crisis de la década del '30, momento en que, por un lado, la tasa de ganancia se hallaba francamente deprimida y, por el otro, el desempleo masivo junto a la actualidad de la revolución rusa y los procesos revolucionarios que se sucedían en el período, representaban una seria amenaza para el capital. La obsesión de Keynes va a ser encontrar la forma de que el Estado intervenga sobre este complejo mecanismo garantizando la inversión, dada la baja rentabilidad esperada por los empresarios, para restablecer las condiciones del equilibrio o por decirlo de otra manera, para restablecer las condiciones para un normal funcionamiento de la ley del valor, ahogando todo intento de revolución proletaria. La teoría económica oficial y su definición de desempleo se habían vuelto disfuncionales y aparecían como una provocación frente al peligro de revolución proletaria. Y para hacer justicia, hay que decir que Keynes no las criticaba por su carácter anticientífico y reaccionario, ni siquiera por su escaso poder lógico, sino simplemente porque consideraba que habían perdido toda funcionalidad en su rol de arma mistificadora del capital en los tiempos que corrían. En sus propias palabras: “Nuestra crítica de la teoría económica clásica aceptada¹⁶ no ha consistido tanto en buscar los efectos lógicos de su análisis, como en señalar que los supuestos tácticos [sic] en que se basa se satisfacen rara vez o nunca, con la consecuencia de que no puede resolver los problemas económicos del mundo real. Pero si nuestros controles centrales logran establecer un volumen global de producción correspondiente a la ocupación plena tan aproximadamente como sea posible, la teoría clásica vuelve a tomar fuerza de aquí en adelante”¹⁷.

EFICIENCIA MARGINAL DEL CAPITAL, TASA DE INTERÉS Y ESPECULACIÓN

Una de las preocupaciones centrales de Keynes se hallaba en la visualización, en el contexto del siglo XX y en particular durante los críticos años '30, de la incapacidad de la iniciativa privada o del *laissez faire* de lograr un nivel de inversión de capital que garantizara un incremento sustancial del empleo. Esta preocupación no era privativa de Keynes ni de los Estados de la “democracia liberal”, sino que estaba presente como problema central también en la Alemania nazi, debido al hecho que la miseria y la desocupación imperantes durante los años '30 representaban una poderosa amenaza para el capital desde el frente del ascenso de masas y la revolución.

¹⁶ En una de las escasas tres veces que Keynes hace referencia a Marx en la *Teoría general*, lo hace para señalar que “‘Los economistas clásicos’ fue una denominación inventada por Marx para referirse a Ricardo, James Mill y sus predecesores, es decir, para los fundadores de la teoría que culminó en Ricardo. Me he acostumbrado quizá cometiendo solecismo, a incluir en la ‘escuela clásica’ a los **continuadores** de Ricardo, es decir, aquellos que adoptaron y perfeccionaron la teoría económica ricardiana, incluyendo (por ejemplo) a J. S. Mill, Marshall, Edgeworth y el profesor Pigou” (ibídem, p. 23, destacado en el original).

¹⁷ Ibídem, p. 311. Las ediciones en castellano traducen en general “supuestos tácticos” pero la edición original inglesa registra “supuestos tácitos” [tacit assumptions], Cambridge, Macmillan Cambridge University Press, 1936.

Persiguiendo el incremento del empleo y promoviendo la necesidad de la intervención del Estado para lograrlo, Keynes va a establecer en la *Teoría general* una relación muy particular entre ahorro e inversión, eficiencia marginal del capital, tasa de interés y rol del Estado.

En contraposición a una idea muy extendida en la economía oficial, va a afirmar que no es cierto que todo acto de ahorro resulte en una rebaja de la tasa de interés que estimule automáticamente la inversión de capital. Keynes va a fundamentar esta ausencia de relación entre ahorro e inversión¹⁸ en el hecho que, contrariamente también a lo que sostenía la economía oficial, un acto de ahorro en el presente no supone un acto de consumo futuro definido sino que supone un deseo de “riqueza” en general. De modo que la forma en que ese ahorro (o “abstención” de consumo presente) se “guarde” va a estar asociado no necesariamente a la inversión sino a la manera en que rinda una mayor “riqueza”. Aquí es donde entra en juego la relación entre inversión y especulación.

Keynes sostiene que existe una correspondencia muy estrecha entre lo que denomina eficiencia marginal del capital (es decir la relación entre el rendimiento probable por la inversión de una unidad más de capital y el costo de producirla) y la tasa de interés vigente. Esto significa que el nivel de inversión va a depender de la relación entre la tasa de interés y la eficiencia marginal del capital (muy gobernada en Keynes por las expectativas). Continuarán efectuándose inversiones siempre que la eficiencia marginal del capital esperada sea mayor, o como mínimo igual, a la tasa de interés.

Dada la relación establecida entre ambas variables, Keynes va a considerar que una de las tareas centrales de la intervención del Estado sobre la economía consistiría en mantener la tasa de interés por debajo o a lo sumo al mismo nivel que la eficiencia marginal del capital a fin de estimular la inversión y con ella el camino al *pleno empleo*. Sin embargo, muchos son los obstáculos que se presentan para que esta situación efectivamente pueda hacerse realidad. El más importante de los límites que Keynes introduce en este campo es el concepto de preferencia por la liquidez. Es decir, el deseo de mantener el dinero en forma de *dinero* o en la forma más rápida de convertirlo en él. Hay tres motivos en la teoría de Keynes que determinan la preferencia por la liquidez. El primero está asociado a la necesidad de realizar transacciones, el segundo a la precaución y el tercero y más importante, es el motivo asociado a la especulación. Según Keynes, mientras los dos primeros motivos absorben una cantidad de dinero líquido no muy sensible a las variaciones en la economía, el motivo especulativo resulta extremadamente sensible a estas variaciones por lo que tiene un gran poder sobre la tasa de interés y deviene un obstáculo importante en su manipulación por parte del Estado. El fenómeno se explica porque la preferencia por dinero líquido está profundamente asociada no sólo al valor presente de la tasa de interés sino, sobre todo, a la incertidumbre respecto de las variaciones futuras de dicha tasa. De este modo

¹⁸ Identidad que de todos modos, sostiene como postulado a lo largo de la *Teoría general*.

Keynes alerta, inmerso como está en la incertidumbre de los años '30, que una inyección por parte del gobierno de mayor dinero en la economía, probablemente y en la medida que la preferencia por la liquidez sea mayor que el dinero inyectado, no contribuya a reducir la tasa de interés en el grado necesario para aumentar la inversión y por tanto el empleo.

El concepto de preferencia por la liquidez en su aspecto especulativo está íntimamente asociado a las condiciones de la economía capitalista no sólo en los años '30 sino en su antesala, la década del '20, período de acelerado desarrollo de tendencias especulativas, que pasaría a la historia bajo la denominación de “Belle époque”. Es este el contexto en el que Keynes hace gran hincapié en la distinción entre “especuladores” y “empresarios”. Identificando la fortaleza de la especulación, la ausencia de “espíritu empresario” con el siglo XX y las condiciones del fin del *laissez faire*, dice: “Si se me permite aplicar el término especulación a la actividad de preveer la psicología del mercado, y la palabra empresa, o espíritu de empresa, a la tarea de preveer los rendimientos probables de los bienes por todo el tiempo que duren, de ninguna manera es cierto que siempre predomine la especulación sobre la empresa. No obstante, a medida que mejora la organización de los mercados de inversión, el riesgo del predominio de la especulación aumenta. En uno de los mayores mercados de inversión del mundo, como Nueva York, la influencia de la especulación (en el sentido anterior) es enorme”¹⁹. Manteniendo en alto su espíritu británico, Keynes dirige el ataque fundamentalmente contra Wall Street y la idiosincrasia del “hombre de negocios” norteamericano, el representante del imperio en ascenso y de las nuevas condiciones de existencia del capital bajo el reino del fin del *laissez faire*: “cuando el norteamericano compra una inversión está poniendo sus esperanzas, no tanto en su rendimiento probable como en un cambio favorable en las bases convencionales de valoración; es decir, que es, en el sentido anterior, un especulador. Los especuladores pueden no hacer daño cuando sólo son burbujas en una corriente firme de espíritu de empresa; pero la situación es seria cuando la empresa se convierte en burbuja dentro de una vorágine de especulación. Cuando el desarrollo del capital en un país se convierte en subproducto de las actividades propias de un casino, es probable que aquél se realice mal”²⁰.

Introducida la relación entre eficiencia marginal del capital, tasa de interés y especulación, podemos hurgar el modo particular que adopta Keynes para determinar el rendimiento del capital.

ESCASEZ Y RENDIMIENTO DEL CAPITAL

Quizá uno de los aspectos más interesantes aunque también muy controversial de la teoría de Keynes está asociado a la determinación de lo que denomina “rendimiento del capital” —entendido como bienes de capital— o por decirlo de otro

¹⁹ *Ibidem*, pp. 139/140.

²⁰ *Ídem*.

modo, su definición de la ganancia capitalista. Dice Keynes: “Es mucho mejor hablar de que el capital da un rendimiento mientras dura, como excedente sobre su costo original, que decir que es productivo; pues la única razón por la cual un bien ofrece probabilidades de rendimiento mientras dura, teniendo sus servicios un valor total mayor que su precio de oferta inicial, se debe a que es escaso; y sigue siéndolo por la competencia de la tasa de interés del dinero. Si el capital se vuelve menos escaso, el excedente de rendimiento disminuiría, sin que se haya hecho menos productivo –al menos en sentido físico–”²¹. Vayamos por partes. Primero “El capital da un rendimiento mientras dura, como excedente sobre su costo original”. Tenemos hasta aquí una aproximación de la definición de Keynes de la ganancia o del ingreso del empresario. Parece claro que ese excedente deviene del *capital* que, considerado como objeto, arroja un plus de valor. Pero, ¿por qué el *capital* habría de arrojar un excedente? Es decir, ¿por qué sus *servicios* tienen un valor total mayor que su precio de oferta inicial o su precio de costo? Respuesta de Keynes: porque el capital es escaso. El significado del término *escaso* en Keynes es una de las cuestiones más interesantes a desentrañar en particular por las consecuencias “programáticas” que, como más adelante veremos, de él se desprenden. En realidad Keynes toma prestado el concepto de escasez de la economía política clásica, a la que denomina pre-clásica. David Ricardo establecía la existencia de dos fuentes de valor: la escasez y la cantidad de trabajo tanto presente como pretérita, requerida para obtenerlos. En la teoría de Ricardo, la determinación del valor por la escasez estaba asociada a la imposibilidad de que determinados bienes fuesen multiplicados. Esta era en particular una referencia a los recursos naturales que no podían ser reproducidos por el trabajo. El caso paradigmático era la tierra que traía asociada en la teoría de Ricardo una *renta* de escasez. Ricardo se encargó no obstante de subrayar que “Sin embargo, estos bienes constituyen tan sólo una pequeña parte de todo el conjunto de bienes que diariamente se intercambian en el mercado. La mayoría de los bienes que son objeto de deseo se procuran mediante el trabajo, y pueden ser multiplicados”²². Tomando prestada la idea de escasez de Ricardo, Keynes va a efectuar una operación de naturalización *literal* del capital. Desde un ángulo opuesto a la afirmación de un estudioso de Keynes como Axel Kicillof que sostiene que “es posible reconstruir el argumento de Keynes en base a una teoría que funda el valor sólo en el trabajo”²³, aquí sostendremos que la teoría de la ganancia basada en la escasez del capital, en la medida en que desconoce el trabajo no pago como fuente de la ganancia, y en la medida en que niega el hecho que el capital es una relación social convirtiéndolo a través de muchos rodeos en una suerte de objeto natural, quita toda sustancia a la teoría del valor fundada en el trabajo y realiza una nueva y más perversa operación de naturalización del capital. Señala Kicillof que dado que para Keynes el ahorro no constituye para el hombre sacrificio alguno ni los bienes de capital obtenidos por el ahorro son en sí productivos,

²¹ *Ibíd.*, p. 183.

²² David Ricardo, *Principios de Economía Política y Tributación*, citado en A. Kicillof, op. cit., p. 448.

²³ *Ibíd.*, p. 442.

hay “para Keynes entonces un único esfuerzo, un único factor productivo y una única fuente genuina de riqueza: el trabajo”²⁴. Hay en esta conclusión, a nuestro modo de ver, un error de razonamiento, porque para Keynes, si en el capitalismo hay ganancia (cuestión tautológica porque un capitalismo sin ganancia no es capitalismo), esa ganancia está dada por la escasez de capital. Si por el contrario, el capital no fuese escaso, toda la *riqueza* se debería al trabajo pero... el rendimiento del capital sería cero, con lo cual no habría ganancia y entonces tampoco habría capitalismo. De modo que en Keynes, sólo en términos generales y ahistóricos *el trabajo es la fuente de toda riqueza*, con lo cual no está diciendo nada más que una generalidad que deja totalmente indefinido al modo de producción capitalista y el origen de la ganancia. Porque una teoría que *funda el valor sólo en el trabajo* tiene sentido, es decir, es merecedora de tal definición, únicamente si está al servicio de develar la particularidad mediante la cual la riqueza adopta, en el modo capitalista de producción, la forma transmutada de valor. Dado que es en esa forma, a través de la cual la riqueza social aparece como trabajo abstracto, como trabajo en general, donde se halla la piedra fundamental que se encarga de ocultar el origen del excedente en el modo de producción específicamente capitalista. Justamente David Ricardo, quizá la mente más aguda de la economía política clásica, se detuvo en este punto y por ello no pudo formular una teoría que *fundara el valor sólo en el trabajo*. Keynes retrocede más de un siglo y para completar su operación, apela incluso a otro truco. Como también señala Kicillof “Keynes denomina escasez a toda situación que sostiene al precio de un producto en un nivel superior al de sus costos reales de trabajo. Para las mercancías en general, en condiciones de competencia pura, el precio de escasez es meramente accidental”²⁵. Pero justamente Keynes explica el rendimiento de los bienes de capital y sus *servicios*, a través de la transformación en norma de un hecho que para el resto de los bienes considera meramente accidental, negando de esta forma que en el modo capitalista de producción los bienes de capital funcionan como cualquier otra mercancía, siendo el único excedente, bajo condiciones normales, el trabajo no pagado a los trabajadores. Keynes transforma la excepción en norma justo en el caso del problema más agudo que debe ser explicado, justo en el secreto más cerrado del modo de producción capitalista, justo en la determinación de la ganancia. Keynes sólo sustituye la *excepción* operada por la economía oficial que le otorga a las mercancías, a los valores de uso “bienes de capital” que son mercancías como cualquier otra, sin particularidad intrínseca alguna, la propiedad especial de crear un beneficio es decir, valor nuevo, por otra excepción que le otorga a dichos bienes de capital la propiedad particular de ser *escasos* de forma no circunstancial sino permanente. Pero las excepciones, justamente por ser excepciones, no tienen el poder de explicar el funcionamiento normal de un sistema. Justamente fue Marx quién al develar la diferencia entre trabajo y fuerza de trabajo, descubrió la mercancía que por su particularidad intrínseca, la de ser fuerza de trabajo vivo y sin violar las leyes del intercambio mercantil,

²⁴ Ídem.

²⁵ Ibídem, pág. 446.

era capaz de crear, a través de su *uso*, valores nuevos. La fórmula de Keynes, además de representar un gran retroceso histórico frente a la crítica marxista de la economía política clásica, no es ingenua y no puede representar más que una nueva y más sofisticada forma de fetichismo.

Aún nos falta avanzar en comprender por qué Keynes le otorga a los bienes de capital ese “derecho de excepción” es decir, nos falta hallar la explicación que el propio Keynes da de la escasez. Keynes se da cuenta que no puede tratar al *capital* del mismo modo que a la tierra y que, aún cuando no lo dice de forma explícita, la supuesta escasez de capital, debe expresar algún tipo de relación de origen social. En este sentido plantea que “El propietario del capital puede obtener interés porque aquel escasea, lo mismo que el dueño de la tierra puede percibir renta debido a que su provisión es limitada; pero mientras posiblemente haya razones intrínsecas para la escasez de la tierra, no las hay para la del capital”²⁶. De modo que, habrá que encontrar alguna razón *no natural* que explique el motivo de la supuesta escasez de capital. Volviendo a la cita con la que comenzamos este apartado, vemos que Keynes se responde a esta pregunta sosteniendo que el capital continúa siendo escaso “por la competencia de la tasa de interés del dinero”. Es decir que el capital, en tanto bienes de capital, resulta escaso porque su rendimiento *compite* con otra forma “alternativa a la propiedad de bienes reales de capital, o sea, la de dinero y deudas”²⁷. De este modo, el rendimiento con el que va a conformarse quién realice una inversión, no puede ser menor que la tasa corriente de interés. La tasa de interés a su vez, no depende de la “fuerza del deseo de guardar riqueza, sino de la potencia de los deseos de conservarla de forma líquida o no líquida”²⁸, dado que representa “la recompensa por privarse de liquidez durante un período determinado”²⁹. Pero, ¿qué quiere decir con esto? El término *liquidez* en Keynes significa por sobre todas las cosas especulación, “volatilidad”, rendimientos rápidos, no comprometidos con la inversión real de capital. Es por ello que en esta definición toma gran peso el carácter especulativo de los años de referencia así como el desarrollo sin precedentes del capital ficticio, aspecto íntimamente asociado a la debilidad de la tasa de ganancia y la sobreacumulación de capitales existente en el período de entreguerras. El enfrentamiento de Keynes con la economía oficial está, como señalamos, íntimamente asociado al fin del *laissez faire* y por tanto, al fin de las formas clásicas del movimiento del capital. Es en este contexto que Keynes se va a enfrentar a la economía oficial definiendo que no es para nada cierto que un acto de ahorro pueda identificarse con un mayor deseo de inversión, dilucidando el engaño de suponer que el propietario de riqueza desea un bien de capital por sí mismo cuando en realidad lo que realmente busca es su *rendimiento probable*. Keynes dice bien, reconociendo incluso, aunque como siempre de forma implícita, la diferencia entre *riqueza*

²⁶ J. M. Keynes, op. cit., p. 310.

²⁷ *Ibidem*, pp. 182/3.

²⁸ *Ídem*.

²⁹ *Ibidem*, p. 146.

y *valor*, que “[...] el acto de ahorro supone [...] un deseo de ‘riqueza’ como tal, es decir, de la potencialidad de consumir un artículo no especificado en fecha indeterminada”³⁰. De este modo, y en tanto la preferencia por la liquidez (es decir la especulación) tenga un rol prominente, el Estado no va a poder, mediante políticas meramente monetarias, actuar de manera efectiva para lograr que descienda la tasa de interés permitiendo un aumento de la inversión que acerque la economía al “pleno empleo”.

ESCASEZ, ABUNDANCIA DE CAPITAL Y TASA DE GANANCIA

La relación que establece Keynes entre escasez de capital y rentabilidad tiene un ángulo de abordaje, a modo interpretativo, muy interesante. Como apuntamos en el apartado anterior, Keynes asocia la rentabilidad del capital a su escasez y considera que en la medida en que el capital deviene menos escaso —se acumula, diríamos nosotros—, trae aparejada una disminución de la rentabilidad. Incluso, en el hipotético caso que el capital fuera absolutamente abundante, su eficiencia marginal sería nula. A su vez considera, al igual que los representantes de la escuela marginalista y Alfred Marshall, que lo que denomina eficiencia marginal es decir, la relación entre el rendimiento probable por la inversión de una unidad más de capital y el costo de producirla, tiene carácter decreciente.

Si bien la teoría de la escasez del capital como fuente de su rendimiento es, como señala Kicillof “un aporte original de Keynes”³¹, la idea de los rendimientos decrecientes tiene un fuerte punto de contacto con el “aporte” de Keynes y ha recorrido toda la teoría económica burguesa. Es cierto que desde el punto de vista de los argumentos que las sostienen, ambas definiciones no son comparables con los principios fundamentales expuestos por Marx en *El Capital* referentes a la composición orgánica y la tendencia histórica declinante de la tasa media de ganancia debido a que los fundamentos en particular de los marginalistas, Marshall y Keynes no se apoyan en una teoría del valor, negando la existencia del plusvalor como fuente de la ganancia³². No obstante y, quedando este aspecto por fuera de toda discusión, resulta muy interesante poner de manifiesto las similitudes de caracterización entre el cuerpo de la economía burguesa y la teoría económica marxista, agudizadas por las tendencias de la época. Señalaremos que desde el punto de vista del contenido o del movimiento general del capital, llama profundamente la atención el reconocimiento empírico, en particular por parte de la teoría de Keynes, de esta relación. Por oposición a sus predecesores, Keynes otorga vida y da un valor práctico e histórico a una concepción de los rendimientos decrecientes que la teoría oficial sostenía de forma anquilosada. En Keynes, la relación entre escasez de capital y rentabilidad va a ser abordada como uno de los

³⁰ *Ibidem*, p. 182.

³¹ A. Kicillof, *op. cit.*, p. 443.

³² Ver Rolando Astarita, *Keynes, poskeynesianos y keynesianos neoclásicos. Apuntes de economía política*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2008, pp. 55 y ss.

problemas más acuciantes del modo capitalista de producción en el período de entreguerras. Sería ingenuo y poco audaz no buscar la relación entre este abordaje y la visión marxista que sostiene que uno de los obstáculos más profundos para el desarrollo del capital en el período en cuestión estaba asociado a la sobre acumulación de capitales, fundamento de la disminución de la tasa de ganancia, factor que se habría puesto de manifiesto particularmente en los años '30 y actuaba como limitante fundamental de la acumulación ampliada del capital, presentándose como el elemento más crítico que el capital debía superar para la salida de la Gran Depresión. Señala Keynes que “[...] al principio de la depresión hay probablemente mucho capital cuya eficiencia marginal ha llegado a ser insignificante y hasta negativa. Pero el intervalo de tiempo que habrá de pasar antes de que la contracción del capital por el uso, la decadencia y la obsolescencia ocasione una escasez lo bastante obvia para aumentar la eficiencia marginal, puede ser una función relativamente estable del promedio de duración del capital en una época dada [...]”³³ Es decir que Keynes tenía en mente que la superabundancia de capital a la que asocia una disminución de su eficiencia marginal, constituía un factor esencial que se ponía de manifiesto al inicio de la depresión. En el mismo sentido reconoce, de forma elíptica, que una destrucción del capital sobrante, que asocia al tiempo natural de *decadencia* y *obsolescencia*, restablecerían las condiciones de *escasez* que permitirían aumentar su *eficiencia marginal*. Keynes otorga valores históricos concretos a esta definición al hacer referencia a la situación específica de Inglaterra y Estados Unidos luego de la Primera Guerra Mundial expresando que “La experiencia de posguerra de la Gran Bretaña y de Estados Unidos da ejemplos reales de cómo una acumulación de riqueza tan grande que su eficacia marginal haya caído más rápidamente de lo que la tasa de interés está en posibilidad de bajar en presencia de los factores institucionales y psicológicos que prevalezcan, puede interferir, en condiciones principalmente de *laissez faire*, con una magnitud razonable de ocupación y con nivel de vida que condiciones técnicas de producción sean capaces de proporcionar”³⁴. En esta definición reaparece la relación entre eficiencia marginal del capital y tasa de interés, cuestión esta que sin necesidad de muchos rodeos nos remite nuevamente a la relación identificada en Keynes entre disminución de la eficiencia marginal del capital e incremento de la especulación expresada en la *preferencia por la liquidez* que, tal como hemos planteado, es la forma manifiesta de tendencias especulativas que obstaculizan la disminución de la tasa de interés. Esta situación, siempre según Keynes, impedía en condiciones de *laissez faire* un reestablecimiento de la rentabilidad del capital que permitiera incrementar los niveles de ocupación.

Lo que Keynes estaba identificando, por supuesto con una argumentación distinta de la marxista, es el hecho de que la crisis de entreguerras no expresaba el clásico momento crítico del ciclo del capital. La concentración y centralización del capital que en los ciclos clásicos previos al siglo XX, reestablecían las condiciones

³³ J. M. Keynes, op. cit., p. 266.

³⁴ *Ibíd.*, p. 187.

necesarias de *escasez* (baja composición orgánica del capital, diríamos nosotros) de capital regenerando las condiciones de la rentabilidad y posibilitando la reanimación económica, no estaban operando en el período de entreguerras y en particular en los años '30. Refiriéndose al ciclo económico en general plantea “sugiero que el carácter esencial del ciclo económico y, especialmente, la regularidad de la secuencia de tiempo y de la duración que justifica el que lo llamemos ciclo, se debe sobre todo a cómo fluctúa la eficiencia marginal del capital”³⁵. Para señalar una página más adelante que “[...] hay razones concretas para que, en el caso de un ciclo industrial típico en el ambiente del siglo XIX, las fluctuaciones en la eficiencia marginal del capital debieran haber tenido características cíclicas”³⁶. Características cíclicas que evidentemente no operaban con normalidad en particular en los años de la Gran Depresión.

La *tasa de interés* en presencia de determinados factores *institucionales y psicológicos*, no cae lo necesario como para igualar al menos una eficiencia marginal del capital deprimida, impidiendo la recuperación de la inversión y del nivel del empleo. El *rentista*, el apostador, “el inversionista que no tiene ninguna misión”³⁷ es el sujeto que, en la visión de Keynes, lucra en esta situación, impidiendo el descenso de la tasa de interés y haciendo que el capital se mantenga relativamente escaso frente a las necesidades de la ocupación y de la recuperación económica. Es en este contexto que Keynes declara: “Por mi parte, soy ahora un poco escéptico respecto al éxito de una política puramente monetaria dirigida a influir sobre la tasa de interés”³⁸. Este escepticismo se va a convertir en el punto de partida del programa sugerido por Keynes que desarrollaremos en un próximo apartado.

KEYNES, LAS TENDENCIAS DE LA ÉPOCA Y LA SOCIALIZACIÓN

El principio de la demanda efectiva, la desconfianza en la capacidad del capital de reestablecer de manera automática los niveles de rentabilidad y la proclama de “matar” al rentista que “no necesitará de un movimiento revolucionario”³⁹, persiguiendo el incremento de la inversión para avanzar hacia el “pleno empleo”, muestran en esencia a un Keynes que reconoce los límites del capital en la época iniciada en el siglo XX, tanto como la necesidad de una política distinta a la proclamada por la economía oficial para lograr el salvataje del modo de producción capitalista. Pero Keynes no sólo reconocía estos aspectos sino que en su oposición al “dogmatismo del *laissez faire*”, los identificaba como el emergente de tendencias más profundas. Había observado que desde principios del siglo XX, las fuerzas productivas pujaban en sentido contrario a los postulados del liberalismo económico. En una

³⁵ *Ibidem*, p. 263.

³⁶ *Ibidem*, p. 264.

³⁷ *Ibidem*, p. 310.

³⁸ *Ibidem*, p. 143.

³⁹ *Ibidem*, p. 310.

conferencia pronunciada en Oxford en 1924 que fue publicada dos años más tarde bajo el título de “El final del *laissez faire*”, Keynes llamaba la atención sobre “[...] la tendencia de las instituciones capitalistas, cuando han alcanzado una cierta edad y tamaño, a aproximarse al *status* de las corporaciones públicas más que al de la empresa privada individualista. Uno de los desarrollos más interesantes e inadvertidos de las recientes décadas ha sido la tendencia de la gran empresa a socializarse”⁴⁰. Keynes ponía como ejemplos de esta evolución, entre otros, al Banco de Inglaterra, e incluso a las compañías de ferrocarril. Contrariamente a lo que podría pensarse, tanto el Banco de Inglaterra como las compañías inglesas de ferrocarriles constituían empresas de capitales privados que fueron nacionalizadas recién después de la Segunda Guerra Mundial, de modo que Keynes identificaba la *tendencia de la gran empresa a socializarse* para el caso de empresas de capitales privados. ¿Y qué relevancia tiene esta asociación? La identificación de esta tendencia indica el reconocimiento implícito, por parte de Keynes, de los límites de la propiedad privada y del *laissez faire* para permitir el desarrollo de las fuerzas productivas sociales. Nuestra interpretación es que de este modo Keynes está visualizando un aspecto (aunque sólo uno) del modo en que comenzó a manifestarse a partir del siglo XX una de las contradicciones fundamentales del capitalismo ya señaladas por Marx. Nos referimos a la contradicción entre la tendencia a la socialización de la producción y el mantenimiento de las formas privadas de apropiación. Como en 1916 lo identificara Lenin, el proceso acelerado de concentración de la producción en empresas de tamaño cada vez mayor constituía un rasgo característico del capitalismo imperialista, “La producción pasa a ser social, pero la apropiación continúa siendo privada. Los medios sociales de producción siguen siendo propiedad privada de un número reducido de individuos”⁴¹. Las consecuencias reaccionarias de esta contradicción son las que Keynes niega llegando incluso a sostener que “Cuando se alcanza este estadio, la estabilidad general y el prestigio de la institución son más tenidos en cuenta por la dirección que el beneficio máximo por los accionistas”⁴². Unos cuantos años antes, Marx había identificado la tendencia antes expuesta en la formación de sociedades por acciones sosteniendo que en ellas “El capital, que de por sí se basa en el modo de producción social y que presupone una concentración social de medios de producción y de fuerzas de trabajo, adquiere aquí directamente la forma de capital social (capital de individuos directamente asociados) por oposición con el capital privado, y sus empresas aparecen como empresas sociales en contraposición a las empresas privadas. Es la abolición [...] del capital como propiedad privada dentro de los límites del propio modo capitalista de producción”⁴³. Pero precisamente lo que Marx señalaba de este proceso era el hecho que “la transmutación en la forma de acción aún queda prisionera, ella misma, dentro

⁴⁰ J. M. Keynes, “El fin del *laissez faire*”, apartado IV, disponible en <http://www.eumed.net>.

⁴¹ Lenin, *El imperialismo fase superior del capitalismo*, R. P. China, Ed. en Lenguas Extranjeras, 1991, p. 26.

⁴² J. M. Keynes, “El fin del *laissez faire*”, apartado IV, op. cit.

⁴³ Karl Marx, *El Capital*, Tomo III, volumen 7, op. cit., p. 562.

de las barreras capitalistas; por ello, en lugar de superar el antagonismo entre el carácter de la riqueza en cuanto riqueza social y en cuanto riqueza privada, sólo lo perfecciona en una figura nueva⁴⁴. Es esta contradicción que alcanzó su máximo desarrollo en la era de los oligopolios, en el *imperialismo como fase superior del capitalismo*, la que Keynes oculta. Keynes da cuenta de la primera parte, las tendencias a la socialización, pero oculta que bajo las relaciones de producción capitalistas, bajo el reino de la propiedad privada, esa *socialización*, presa como permanece de la ley de apropiación privada jamás puede *privilegiar* otra cosa que no sea la acumulación de capital y el *máximo beneficio*. Keynes en verdad busca, y este es el aspecto central, conciliar las tendencias a la socialización de las fuerzas productivas con la propiedad privada. Y esa es la misma operación que de forma inconciente, por decirlo de algún modo, llevan a cabo los oligopolios y los monopolios. Esa contradicción, ese choque de tendencias opuestas que vuelve al capital profundamente reaccionario, es lo que Keynes quiere elevar a programa conciente de la burguesía.

En un sentido similar, Keynes admiraba “[...] la acción social centralizada –el régimen de la última guerra [refiriéndose a la Primera Guerra Mundial, N. de R.]”⁴⁵ de la que decía “El socialismo de guerra alcanzó incuestionablemente una producción de riqueza en una escala mucho mayor de la que nosotros hayamos conocido nunca en paz, pues aunque los bienes y servicios producidos eran destinados a la extinción inmediata e inútil, no obstante eran riqueza”⁴⁶. De aquí Keynes observaba que “La experiencia de la guerra en la producción socializada ha dejado a algunos observadores próximos optimistamente ansiosos de repetirla en condiciones de paz”⁴⁷. Y esto era, a decir verdad, lo que Keynes buscaba llevar a la práctica. La guerra y en particular las grandes guerras mundiales en las que los Estados imperialistas (o mejor dicho, sus trabajadores) combaten directamente en representación de los grandes oligopolios, son la expresión más reaccionaria de la contradicción entre tendencias opuestas. La tendencia hacia la socialización de la producción y la propiedad privada de un lado y la tendencia hacia la planificación económica al interior de los grandes conglomerados y la competencia cada vez más violenta que entre ellos resurge, por el otro. Las grandes guerras mundiales fueron la expresión más cruel del modo mediante el cual las fuerzas productivas sociales se abren paso cuando la propiedad privada no es abolida. Las fuerzas productivas presionan hacia la planificación y centralización de la economía, cuestión que en su realización plena, implica la abolición de la existencia de propietarios privados independientes. Pero los propietarios privados actúan en sentido contrario es decir, de forma anárquica, con el objetivo único de valorizar su capital, de incrementar su riqueza abstracta en la forma de valor, independientemente de las necesidades sociales, esto es, independientemente de las necesidades de los valores de uso como

⁴⁴ *Ibidem*, p. 567.

⁴⁵ J. M. Keynes, “El final del *laissez faire*”, apartado III, op. cit.

⁴⁶ *Ídem*.

⁴⁷ *Ídem*.

tales, de la riqueza social de la humanidad. En las guerras la presión de las fuerzas productivas se hace parcialmente efectiva, depositando en el Estado imperialista el rol de principal inversor y consumidor de la economía, orientando la mayor parte del aparato productivo hacia la producción armamentística e introduciendo en este contexto, elementos de planificación estatal, alentando el proteccionismo y organizando los ejércitos industriales como ejércitos militares. El Estado se ubica claramente por encima de los intereses particulares de los individuos aislados de la clase que representa y deviene –en la medida en que esto es posible en un sistema de múltiples propietarios privados independientes– en factor de organización parcial de la producción para la conquista del planeta al servicio de sus conglomerados, dando salida a la sobreacumulación de capitales. De este modo las fuerzas productivas, encerradas en el chaleco de fuerza de la propiedad privada, devienen en gran parte (con mucho éxito económico, eso sí) fuerzas destructivas destinadas a despejar el terreno del mundo exterior a la *nación* imperialista para la prosecución de la acumulación de capital. Y justamente porque la guerra es el mecanismo extremo, la forma por excelencia que adquiere el intento del capital de mantener bajo el yugo de la propiedad privada las fuerzas productivas que desesperadamente puján por su planificación, es que la *experiencia* de la guerra no puede repetirse en condiciones de paz. Salvo por una vía: la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Pero este era justamente el peligro al que más temía Keynes dictaminando que “[...] el socialismo marxista ha de permanecer siempre como un portento para los historiadores de la opinión”⁴⁸ y preguntándose con desazón “[...] cómo una doctrina tan ilógica y tan torpe puede haber ejercido de modo tan poderoso y duradero una influencia sobre las mentes de los hombres y, a través de ellas, sobre los acontecimientos de la historia”⁴⁹. ¿Por qué será, Lord...?

Por último, el “rentista”, el cortador de cupones, el accionista en Keynes aparece como un sujeto abstracto, enfrentado a la dirección de la empresa señalando que “En el crecimiento de una gran institución –particularmente un gran ferrocarril o una empresa de utilidad pública, pero también un gran banco o una compañía de seguros– se llega a un punto en el que los propietarios del capital, es decir, los accionistas, están casi enteramente disociados de la dirección, con el resultado de que el interés personal directo de la última en la persecución del mayor beneficio viene a ser completamente secundario. Cuando se alcanza este estadio, la estabilidad general y el prestigio de la institución son más tenidos en cuenta por la dirección que el beneficio máximo por los accionistas”⁵⁰. La separación cada vez mayor entre accionistas y dirección de la empresa, también había sido visualizada por Marx como tendencia y más tarde por Lenin como forma dominante de organización del capital bajo el imperialismo. Este proceso íntimamente asociado al desarrollo del sistema crediticio y a la posterior constitución del capital financiero – como fusión del capital bancario y el capital industrial–, es otra forma de

⁴⁸ Ídem.

⁴⁹ Ídem.

⁵⁰ *Ibíd.*, apartado IV.

manifestación de la contradicción entre las tendencias a la socialización que conviven con la propiedad privada de los medios de producción. La conformación de las sociedades por acciones impulsadas por el desarrollo del sistema de crédito permite una “Descomunal expansión de la escala de la producción y empresas que resultarían imposibles para capitales individuales”⁵¹. En este contexto, el capital adopta la forma de *capital social* y aparece cada vez más divorciado del antiguo modelo del empresario individual. Por ello mismo se produce la “Transformación del capitalista realmente activo en un mero director, administrador de capital ajeno, y de los propietarios de capital en meros propietarios, en capitalistas dinerarios”⁵². Es esta, en última instancia, la forma de manifestación del proceso de *socialización* del capital en el cual, los valores de uso —entendidos como contenido material de la riqueza— se diluyen cada vez más en su forma abstracta, en su forma de existencia particularmente capitalista es decir, en el valor como tiempo de trabajo abstracto. El propietario del capital deviene cada vez más un propietario de valor en general al que busca valorizar de forma ya completamente independiente de la riqueza o de los valores de uso producidos. Esto es en última instancia lo que representa el capital accionario, el resultado de la socialización del capital, “[...] una producción privada sin el control de la propiedad privada”⁵³. En este contexto la *dirección* o los managers, emplean una parte del capital social de la que no son propietarios y por lo tanto “[...] ponen manos a la obra de una manera totalmente diferente a cómo lo hace el propietario que evalúa temerosamente los límites de su capital privado, en la medida en que actúa personalmente”⁵⁴. Lejos del ideal de Keynes que pretende identificar en la figura de la dirección, la persecución de la *estabilidad general y el prestigio de la institución*, buscando mostrar en la forma reaccionaria del capital *social* una especie de semi-socialismo, el rol del *director* es complementario al de los accionistas. A la cabeza de los conglomerados suelen ubicarse como *dirección* sujetos profundamente corrompidos, empleados de los accionistas mayoritarios, que juegan en gran medida con capital ajeno y por tanto juegan en parte, su propio juego. Refiriéndose al entrelazamiento del capital bancario e industrial que da origen al capital financiero, Lenin señalaba que “‘La unión personal’ de los bancos y la industria se completa con la ‘unión personal’ de ambas con el gobierno. ‘Los puestos en los consejos de administración [...] son confiados voluntariamente a personalidades de renombre, así como a antiguos funcionarios del Estado, los cuales pueden proporcionar no pocas facilidades en las relaciones con las autoridades [...]’”⁵⁵. Hoy en día las *direcciones*, casi más que los accionistas, aparecen como la cara visible de todo tipo de vaciamientos, estafas, relación directa con el poder estatal, coimas multimillonarias, entre otras delicias que las muestran enteramente comprometidos con la “estabilidad general y el prestigio de la institución”.

⁵¹ Karl Marx, *El Capital*, Tomo III, vol. 7, op. cit., p. 562.

⁵² *Ibidem*, p. 563.

⁵³ *Ibidem*, p. 565.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 568.

⁵⁵ V. I. Lenin, op. cit., p. 49.

PRODUCCIÓN SOCIALIZADA, EUTANASIA DEL RENTISTA Y PROPIEDAD PRIVADA

Buscaremos en este apartado establecer una relación entre el concepto de escasez de capital y los aspectos expuestos en el apartado anterior con el fin de dar una visión sobre los planteamientos de Keynes más reivindicados por quienes quieren destacar el que sería su aspecto “programático” más progresista.

Como ya hemos expuesto, Keynes considera que el factor que determina la existencia de rentabilidad en el capitalismo está asociado fundamentalmente⁵⁶ a la *escasez* de capital. No obstante, este concepto de escasez en Keynes es un término que en cierto modo se puede considerar relativo dado que, como sostiene “[...] en una comunidad rica, [...] debido a que su acumulación de capital es ya grande, las oportunidades para nuevas inversiones son menos atractivas, a no ser que la tasa de interés baje lo bastante de prisa [...]”⁵⁷. Esto es que, aún cuando las nuevas inversiones fueran menos atractivas por un exceso de acumulación de capital, esta situación podría contrarrestarse si se lograra que la tasa de interés se estableciera por debajo o como máximo al mismo nivel que la deprimida eficiencia marginal del capital. Sin embargo y como hemos planteado Keynes se mostraba escéptico, en las condiciones de la depresión de los años ‘30, con *expectativas* degradadas y fuertes tendencias especulativas, de que el Estado lograra una disminución realmente efectiva de la tasa de interés. Sirva como ejemplo el hecho por él señalado que “[...] donde (como en Estados Unidos en 1933-1934) las operaciones de mercado abierto se han limitado a la compra de valores de muy corto plazo de vencimiento, el efecto puede, por supuesto, quedar confinado a la mera tasa de interés a muy corto plazo y no provocar sino una reacción ligera sobre las tasas de interés a largo plazo, que son mucho más importantes”⁵⁸.

Esta situación lo va a conducir a plantear como medida de política económica, otra variante destinada a lograr el incremento de la inversión y del empleo. Keynes va a sostener –bajo la pomposa denominación de una “socialización bastante completa de las inversiones”– que dado que las políticas de disminución de la tasa de interés resultarían de dudosa eficacia, el Estado deberá intervenir llevando a cabo las inversiones que están por fuera del interés de los capitales privados porque arrojan baja o nula rentabilidad. El término *socialización de las inversiones*, a diferencia de lo que podría pensarse, no implica nacionalización ni mucho menos, forma alguna de expropiación. Constituye a decir verdad, una medida defensiva que Keynes le sugiere al Estado capitalista a ojos vista que “En verdad el mundo no tolerará por mucho tiempo más la desocupación

⁵⁶ Decimos fundamentalmente porque en la Teoría General se resalta que “[...] la eficiencia marginal del capital no depende sólo de la abundancia o escasez existente de bienes de capital y el costo corriente de producción de los mismos, sino también de las expectativas actuales respecto al futuro rendimiento de los bienes de capital”. J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, op. cit., p. 264.

⁵⁷ *Ibíd.*, p. 45.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 171.

[...]”⁵⁹. Proclamaba que “[...] en condiciones de *laissez faire*, quizá sea imposible evitar las fluctuaciones amplias en la ocupación sin un cambio trascendental en la psicología de los mercados de inversión, cambio que no hay razón para esperar que ocurra. En conclusión, afirmo que el deber de ordenar el volumen actual de inversión no puede dejarse con garantías de seguridad en manos de los particulares”⁶⁰. Pero Keynes sostenía que los sectores rentables de la economía debían ser dejados en manos de los capitales privados. Así lo expresa con toda claridad cuando se refiere por ejemplo a la industria de la edificación como la clase más importante de inversión a más largo plazo donde “el inversionista puede con frecuencia transferir riesgo al inquilino o por lo menos repartirlo entre ambos por medio de contratos largos”⁶¹, o el caso de las empresas de servicios públicos en las que “una parte importante del rendimiento probable está prácticamente garantizado por privilegios de monopolio junto al derecho de cargar las tasas necesarias para obtener cierto margen estipulado”⁶². Sin embargo, “hay una clase de inversión, cada vez más importante, emprendida por las autoridades públicas, o a riesgo de las mismas, francamente influidas por el supuesto general de que hay ventajas sociales probables derivadas de ella cualquiera pueda ser su productividad comercial dentro de un gran margen, y sin tratar de convencerse de que la previsión matemática del rendimiento sea por lo menos igual a la tasa corriente de interés”⁶³. De modo que a decir verdad, más que una socialización de la inversión, y en la medida que defiende sin tapujos el derecho a la propiedad privada y el *laissez faire* en los sectores rentables, alentando al Estado “[...] que está en situación de poder calcular la eficiencia marginal de los bienes de capital a largo plazo sobre la base de la conveniencia social general, asumir una responsabilidad cada vez mayor en la organización directa de las inversiones ya que probablemente las fluctuaciones en la estimación del mercado de la eficiencia marginal de las diferentes clases de capital, calculadas en la forma descrita antes, serán demasiado grandes para contrarrestarlas con alguna modificación factible de la tasa de interés [...]”⁶⁴, Keynes parecería estar promoviendo en particular, una socialización de las inversiones *no rentables*. Es decir, que el Estado se haga cargo de los sectores económicos que no arrojan ganancia o dan pérdida pero que son necesarios para el normal funcionamiento del sistema capitalista y además, muy en particular, para absorber gran parte de la desocupación que se erigía como amenaza para la estabilidad y el futuro del capitalismo. En ausencia de todo tipo de expropiación y garantizando el Estado la rentabilidad del capital, normalmente esas *pérdidas* son absorbidas por los “contribuyentes” cuya amplia mayoría, más allá de políticas tributarias más o menos regresivas, resultan ser los trabajadores y los sectores más pobres de la sociedad. Aunque bajo otras

⁵⁹ *Ibidem*, p. 313.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 268.

⁶¹ *Ibidem*, p. 142/143.

⁶² *Ídem*.

⁶³ *Ídem*.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 143.

modalidades, es esta una política muy en boga en nuestros días conocida como “socialización de las pérdidas”.

No obstante, los autores que buscan destacar el lado “más progresista” de Keynes hacen particular hincapié en el aspecto también expuesto –aunque a decir verdad, a modo de especulación teórica– por el economista inglés en el sentido que, esta inversión del Estado en los sectores de baja rentabilidad permitiría acabar *en una generación* con la escasez de capital. Y dado que, el fundamento del rendimiento (o de la ganancia) es la escasez de capital, si el sistema se aproximara a acabar con la escasez de capital, la eficiencia marginal del capital (o su rendimiento) se reduciría *aproximadamente a cero*⁶⁵. Aparece aquí una cuestión de importancia porque aún cuando a esta posibilidad en el planteo de Keynes debe otorgársele el *status* de especulación teórica que se desprende de su planteo, es el aspecto en el que su pensamiento se presenta de forma más engañosa. Es aquí donde la discusión se entremezcla más claramente con los aspectos de su pensamiento formulados en el apartado anterior. Porque ahora Keynes muestra de manera más cruda su visión del carácter progresivo de las tendencias a la *socialización* a que empujan las fuerzas productivas, manteniendo el carácter privado de la propiedad o, *la eficiencia y la libertad* o el *individualismo* o el *sistema de Manchester*. En esta *hipótesis teórica*, en este modelo abstracto, ilusorio y realmente poco especificado de capitalismo con rentabilidad cercana a *cero*, es donde toma cuerpo con más fuerza el hecho de que Keynes persigue conciliar las tendencias a la socialización de las fuerzas productivas con la propiedad privada. En su modelo ideal, Keynes apunta a un juego doble. Cargando sobre el “rentista”, sobre el especulador, la responsabilidad de la escasez del capital, lo convierte en el sujeto en cuya acción se encuentra el origen de la ganancia. De este modo, Keynes más que “dejar sin explicar” el origen de la ganancia, oculta su verdadera fuente. La operación consiste en realidad en acusar al “rentista” como sujeto abstracto, de la existencia de lo que serían superganancias o ganancias excesivas. Eliminar la escasez de capital sería sinónimo entonces de la “eutanasia” del rentista, de “matar” al rentista regenerando así una suerte de ganancias “modestas” (recordemos que plantea que la productividad marginal del capital se reduciría *aproximadamente a cero* y no a cero) asociadas al *margen para el riesgo, costo de habilidad y supervisión* del verdadero empresario, de la dirección, de los que estarían *verdaderamente* interesados en la producción de riqueza. La ganancia de algún modo tenía que reaparecer en su razonamiento, si así no fuera ¿qué sentido tendría mantener la propiedad privada de los medios de producción? El modelo ideal de Keynes sería algo así como un modelo de grandes empresas de capital social, cuya única forma posible, a decir verdad, en el modo de producción capitalista es aquel de las sociedades por acciones pero, de las que Keynes pretende hacer desaparecer al “rentista” y la especulación que en realidad son, precisamente, la consecuencia de la existencia de las sociedades por acciones y de la “socialización” del capital bajo el régimen de la propiedad privada, o dicho de otro modo son, como decía Marx, la consecuencia de *la abolición del capital como propiedad privada*

⁶⁵ *Ibidem*, p. 188.

dentro de los límites del propio modo capitalista de producción o, de una producción privada sin el control de la propiedad privada. Pero si de algo Keynes no pecaba era de ingenuidad y por ello incluso en su hipótesis teórica se asegura dejar en claro las consecuencias como él dice *moderadamente conservadoras* de su teoría señalando que “[...] una socialización bastante completa de las inversiones será el único medio de aproximarse a la ocupación plena; aunque esto no necesita excluir cualquier forma, transacción o medio por los cuales la autoridad pública coopere con la iniciativa privada. Pero fuera de esto, no se aboga francamente por un sistema de socialismo de Estado que abarque la mayor parte de la vida económica de la comunidad. No es la propiedad de los medios de producción la que conviene al Estado asumir. Si éste es capaz de determinar el monto global de los recursos destinados a aumentar esos medios y la tasa básica de remuneración de quienes los poseen, habrá realizado todo lo que le corresponde. Además, las medidas indispensables de socialización pueden introducirse gradualmente sin necesidad de romper con las tradiciones generales de la sociedad”⁶⁶. Resaltamos, *no es la propiedad privada de los medios de producción la que conviene al Estado asumir*: Lord Keynes, un hombre con profunda conciencia de clase, alertaba a quienes pudieran confundir su teoría con una suerte de “socialismo de Estado”. En este sentido nos viene a la memoria una aseveración de León Trotsky cuando en su obra *La Revolución Traicionada* señala los límites del término *capitalismo de Estado* concepto que, por su contenido, nos tomamos la licencia de asimilar a lo que Keynes denominaba –con muy poca precisión–, “socialismo de Estado”. Dice Trotsky que “En un ‘capitalismo de Estado’ integral, la ley del reparto igual de los beneficios se aplicaría directamente, sin concurrencia de los capitales, por medio de una simple operación de contabilidad. Jamás ha existido un régimen de este género, ni lo habrá jamás, a causa de las contradicciones profundas que dividen a los poseedores entre sí, y tanto más cuanto que el Estado, representante único de la propiedad capitalista, constituiría para la revolución social un objeto demasiado tentador”⁶⁷. Y no es forzado considerar que esa *tentación* habitaba las pesadillas más angustiosas de Lord Keynes quien en una carta a Franklin D. Roosevelt en épocas del New Deal, le imploraba “[...] curar los males de nuestra condición mediante un experimento razonado dentro del sistema social existente. Si usted fracasa, el cambio racional será gravemente perjudicado en todo el mundo, dejando la pelea en manos de la ortodoxia y la revolución”⁶⁸.

CRISIS Y GUERRAS: ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Hemos desarrollado de manera crítica, a lo largo de este trabajo, algunos de los elementos de la teoría de Keynes en los que se pone de manifiesto con mayor vigor su visión histórica y su caracterización particular de la economía en la época iniciada en el siglo XX. Hemos intentado expresar el entrelazamiento entre algunos de los ele-

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 311.

⁶⁷ León Trotsky, *La Revolución Traicionada*, La Paz, Crux, s/f, p. 216/217.

⁶⁸ John M. Keynes, “Una carta abierta al Presidente Roosevelt”, *Sunday* de Londres, 31 de diciembre de 1933, citado por R. Astarita, op. cit., pp. 21/22.

mentos más “duros” de su teoría económica con aspectos de su pensamiento político. En este camino y volviendo a nuestro planteo inicial, nos sentimos en condiciones de reafirmar que en la teoría de Keynes se reproducen elementos de caracterización de la época que contienen fuertes puntos de contacto con aquellos definidos por Lenin, Trotsky, la Tercera Internacional y posteriormente la Cuarta Internacional. De estas identidades de caracterización, como hemos señalado, se desprenden programas opuestos por el vértice. En el caso de Keynes, un programa destinado a reproducir en “condiciones de paz”, las “bondades” de la guerra. En el caso del marxismo revolucionario, un programa destinado a desterrar el modo capitalista de producción abriendo paso al desarrollo de las fuerzas productivas sociales, estableciendo su centralización y planificación, acabando con la propiedad privada mediante la instauración de estados obreros por el camino de la revolución proletaria.

Pero merece ser resaltado aquí que el carácter opuesto entre los programas y la estrategia de Keynes y el marxismo revolucionario, no queda reducido a meras diferencias “ideológicas” o cuestiones testimoniales. La historia dio pruebas contundentes de que, como hemos planteado, las condiciones de la guerra imperialista son tales que resulta una utopía reaccionaria buscar repetir las “condiciones de paz”. El programa keynesiano tuvo su prueba de fuego en la que hasta ahora había sido la mayor crisis capitalista de la historia, la depresión de los años ‘30, y no salió victorioso de esa prueba.

Empeñado como estaba en eternizar las relaciones burguesas de producción, bajo las condiciones de la “democracia” y de la “paz”, el programa de Keynes sólo podía ponerse en práctica como aquél de los oligopolios de la democracia liberal americana, del pujante imperialismo norteamericano. No obstante, los resultados de la retórica de la democracia liberal bajo el programa conocido como primer New Deal, aplicado por el presidente de Estados Unidos Franklin D. Roosevelt, a partir del año 1933 hasta el año 1937, fueron extremadamente pobres y no lograron verdaderamente sacar a la economía norteamericana de la terrible crisis en la que había quedado sumergida. Si bien el desempleo se redujo de un 25% en 1933 al 18% en 1935, al 14% en 1936 y al 12% en 1937, la economía norteamericana no logró recuperar los estándares previos a la crisis de 1929 y ya en 1938, el desempleo volvió a trepar al 20% y la economía nuevamente colapsó.

Mientras tanto, el nacional socialismo hitleriano en el poder —representante del capital más concentrado de una nación que había llegado tarde al reparto del mundo y que había sido brutalmente condenada por los aliados en el Tratado de Versalles—, se encaminaba directamente a aplicar el “programa de la guerra” en *condiciones de guerra*. En la medida en que transformó al Estado en principal inversor y consumidor de la economía alemana, orientando la mayor parte del aparato productivo hacia la producción armamentística e introduciendo en este contexto elementos de planificación estatal en la economía, alentando el proteccionismo y destruyendo las organizaciones obreras y de masas, es decir, aplicando un programa reaccionario en toda la línea, logró hacia 1937 triplicar la producción y el desempleo en 1938 había caído por debajo del 1%. En última instancia, el programa keynesiano en manos de Roosevelt y el programa del fascismo compartían una misma identificación

de la necesidad histórica: el reconocimiento que los límites de la propiedad privada y del *laissez faire* imponían al desarrollo de las fuerzas productivas sociales. Un mismo objetivo: tomar prestado de forma reaccionaria una necesidad manifiesta y actuar contra la rueda de la historia para salvar relaciones sociales de producción que ya han perdido todo aspecto progresivo.

Pero la preparación para la guerra y la guerra misma demostraban en el “éxito” económico del fascismo y en el fracaso del New Deal, que la única forma de conciliar las tendencias de las fuerzas productivas hacia su socialización con las leyes de la apropiación privada era a través de una política reaccionaria en toda la línea. Reafirmando esta tesis, sólo el comienzo del rearme norteamericano para la entrada en la guerra (período al que muchos denominan segundo New Deal) dio pie al inicio de la poderosa recuperación de la economía norteamericana. En cierto modo, Keynes reconocería más tarde, la fuerza con la que esta realidad se imponía al plantear en un artículo publicado en *New Republic*, el 29 de julio de 1940 que “Parece políticamente imposible que una democracia capitalista organice el gasto en una escala necesaria para realizar el gran experimento que daría prueba a mis tesis –salvo que se verifique una guerra–”⁶⁹. Roosevelt, a pesar de las súplicas de Keynes había fracasado y en última instancia, en la medida en que la derrota de la revolución de Octubre fue un objetivo compartido tanto por las potencias del Eje como por aliados, en cierto modo y mediante un gran rodeo de la historia, *la pelea* terminaría quedando *en manos de la ortodoxia y la revolución*.

Evitar que la necesidad histórica se pusiera de manifiesto de la única forma progresiva posible es decir, mediante la concentración de los medios de producción llevada a cabo por la clase obrera mediante la revolución social, era un objetivo que compartían los imperialismos beligerantes. La triunfante revolución rusa de 1917, la más fabulosa experiencia histórica de la clase obrera estaba ahí para mostrar de qué manera podía la *producción* organizarse de forma *socializada* en *condiciones de paz*. Pero eso sí, esto implicaba acabar con la propiedad privada de los medios de producción y por tanto, con el poder de la *educada burguesía* y este era el pánico que compartían tanto los *imperios* como el propio Lord Keynes.

La magnitud de la crisis económica actual coloca al rojo vivo aunque por supuesto, a su manera, los grandes problemas que se plantearon en las décadas del ‘20 y ‘30 del siglo pasado. La cuestión de las modalidades de intervención del Estado sobre la economía, los salvatajes, las nacionalizaciones y seminacionalizaciones bancarias están a la orden del día, volviendo a mostrar en todo su contenido el pánico que la sola idea genera a la burguesía. Es el fantasma de los límites del modo de producción capitalista el que está de regreso y hace temblar a una clase que durante las últimas décadas, se había convencido nuevamente del retorno definitivo del *laissez faire*. Pero nos detenemos aquí, porque la relación entre los aspectos desarrollados y la crisis actual de la economía mundial, será objeto de un próximo trabajo.

⁶⁹ John Maynard Keynes, “The United State and the Keynes plan”, en *New Republic*, 29 de julio de 1940. Citado por Tony Negri, op. cit., p. 34.